



NÚM. 1138

BARCELONA, 28 DICIEMBRE 1901

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid



BRONQUITIS

Pues, señor, España será como dijo el poeta *La patria del honor y de las flores*; no lo dudo. Pero eso no quita para que además sea la patria de las broncas y el jaleo; y esto tampoco lo dudarán ustedes.

¡Porque cuidado que se arman con facilidad los motines en nuestra tierra!...

La cosa más insignificante, suele ser el origen de un escándalo que no tiene fin, como dicen los chulos, ó que tiene un fin muy desastroso por lo menos.

Unas veces con razón y otras sin ella, diariamente se promueven un sinnúmero de tumultos.

Desde la Villa y Corte hasta el último pueblo de la península estamos disfrutando de una continua gresca.

Madrid, sobre todo, se está poniendo imposible. Si Dios no lo remedia, ya que las autoridades no lo consiguen, ¿endremos que emigrar las pocas personas pacíficas que en él vivimos... de milagro; pues estamos continuamente expuestos á recibir un golpe que nos eche á perder cualquier órgano importante.

Sale usted por la mañana, y á los cuatro pasos, se encuentra con una zambra de padre y muy se flor mío.

¿Y porqué?... por nada, porque un lacero ha cogido un perro vagabundo, y la gente que está deseando hacer alarde de sus buenos sentimientos y abandonar sus obligaciones, la emprende con guardias y laceros á pedrada limpia... es decir limpia hasta cierto punto; porque hay cascote que se va sacudiendo por el aire, la basura que tenía y la que tomó de las manos que le utilizaran como proyectil.

Pasa usted junto á un mercado, y si porque una cocinera tropezó ó dejó de tropezar en una banasta de tomates, ya están amotinadas las vendedoras, que no solo se contentan con echar ajos, sino que le proporcionan á uno tal lluvia de tronchos, que le ponen verde.

Es natural, por algo son *verduleras*.

Sale usted bien de aquel cipitape y al cuarto de hora se encuentra con otro por el estilo.

Todos los días hay la mar de broncas.

No me extraña que la otra tarde me dijese mi amigo, el doctor Pipiolez:

—Estoy atareadísimo; tengo cincuenta y seis enfermos de bronquitis. Si esto sigue, mis clientes acabarán conmigo.

—¡Mire usted que acabar los clientes con un médico!...

—No sería difícil; porque entre ellos hay algunos muy malos.

—Conque tan malos, ¿eh?...

- Muy malos, sí, señor, muy malos... pagadores
- ¿Y como diablos abunda tanto esa enfermedad?
- Se atribuye a los cambios de temperatura. Pero según un eminente patólogo de Mataporquera, la



causa de que se hayan generalizado tanto las afecciones laringo faringueas, proviene de los jaramillos que surgen a diario en todas partes.

Porque no hay espectáculo público, ni reunión, ni *meeting* donde no se proteste de algo a grandes voces y donde a grandes voces no se pida algo.

Lo cual no quita para que haya quien se lleve lo que pueda sin pedirlo. Y de resultados de esos esfuerzos guturales, proviene la inflamación de los bronquios.

De modo que para desterrar este procedimiento, no es necesario recurrir a la farmacopea sino a las autoridades. Pues como destruyendo la causa queda destruido el efecto, cuando desaparezcan las broncas, desaparecerá la bronquitis.

--Tiene usted razón, doctor, pero me parece que hay broncas para rato.

Me despedí de Pipiolez, y pensando si tendría ó no razón el patólogo de Mataporquera, me fui en el café Suizo; tomé asiento junto a una ventana, y apenas el mozo me había servido una gaseosa, se detuvieron en la acera tan cerca de mí que yo les oía perfectamente, dos matistas que sostenían el siguiente diálogo:

-Pues que te *coste*, *Larguirucho*, que yo *había quedao* en Villacarpanta, pero que como las propias rosas, porque el *ganao* era lo que se dice *super*.

Pero el público la tomó con el presidente porque el hombre no tenía la *esperencia* y el *aquel* que se necesita *pa* presidir, y aquello fué el disloque.

-¡La orden! *mía* que estan pelmas los aficionados.

-Pues no creas que han *desagerao* los periódicos al *respetive* de lo de Villacarpanta. Allí no quedó títere con cabeza; tiraron al redondel las tablas de los tendidos; prendieron fuego a los asientos de las gradas, y quisieron arrastrar al alcalde con las mulillas.

-Y gracias que *sus* dejaron a vosotros.

-Nos dejaron porque salimos de *naja*.

-¡*Sus escapastis?*

-¡*Pu* chasco!

Signieron calle abajo y no pude oír más.

Pero efectivamente los escándalos en nuestros circos taurinos se repiten con tanta frecuencia, que por la fuerza de la costumbre llegarán a constituir parte del programa, y hasta es posible que algún día aparezca en los carteles la siguiente nota:

•Durante la lidia del último toro, se armará una bronca monumental.

Y puede que esto sea un atractivo.

Porque las broncas están en moda.



DEUSDEDIT



J. Joaquín Tejada: CONFRONTE DE BILLETES



¿Para qué?

Mi amigo Juan es un disputador incorregible y un polemista furibundo. Sólo habla para discutir, y argumenta con tal abundancia de palabras y de razones, con tan asombrosa tenacidad, que no hay manera de reducirle al silencio. Los que han hablado con él tres ó cuatro veces, se achican, y huyen de todos los sitios en donde pueden encontrarle. Yo soy muy amigo suyo, y le tengo miedo. Él lo conoce, y me busca para desahogarse cuando no halla víctimas que le eschen y le respondan.

Siempre que me ve, empieza su conversación diciéndome.

—Hoy no te escapes: te traigo un problema nuevo y lo vamos a discutir. Bien sabes que mi argumentación es irresistible, pero bien sé que tu soberbia no quiere reconocer mi superioridad. Por consiguiente, discutamos.

Y ya está armada la polémica; pues aunque le temo, no quiero darme por vencido. En nuestra penúltima entrevista, Juan planteó su cuestión de este modo:

—¿Para qué nacemos?

—Para morir, y se acabó la discusión, —le dije sonriendo.

—¡Insensato!, —me replicó:—ahora es cuando empieza la polémica. Vamos a ver: ¿qué objeto tiene nuestra aparición en el mundo? El hombre nace, y si no muere en la niñez, se aclimata, se desarrolla, deja de ser párvulo, se convierte en adulto, aprende una carrera, un oficio, y dice su papá: ¡Ea! Ya está hecho un hombre.

—Bueno: ¿y qué?

—Eso pregunto yo: ¿qué ha conseguido la criatura al hacerse hombre?

—Cumplir el objeto para que ha sido creado.

—¿Qué objeto?

—El que le marca su destino.

—¿Qué destino?

—El destino Providencial.

—Perfectamente: ese destino le hace médico, le hace abogado, le hace sastre. Y ¿para qué?

—Para curar enfermos, para ganar pleitos, para vestir á sus parroquianos.

—Muy bien: pueden ocurrir varias cosas: que el médico cure los enfermos, que los mate, y que no los tenga: que el abogado gane pleitos, que los pierda y que no tenga pleitos: que el sastre haga buenos vestidos, que los haga malos, que no tenga á quien vestir y que no le pague la ropa. Veamos donde está la utilidad de todo eso. ¿Qué es lo útil? Lo que sirve de algo. ¿Qué es lo que sirve? Lo que es realmente indispensable. Pruébame ahora que ese abogado, que ese sastre, que ese médico son indispensables en el mundo. Suprímelos al nacer, y verás que no se echan de menos, que no hacen falta, que el mundo sigue lo mismo con ellos que sin ellos. Luego ¿para qué han nacido? ¿Para qué?

—¡Alto! ¡Alto! No embarulles la cuestión. Si se trata de un abogado vulgar, de un médico adocenado y de un sastre de pacotilla, claro es que no hacen mucha falta en el mundo; pero el abogado, el médico, hasta el sastre, pueden ser genios que favorezcan á la humanidad con sus descubrimientos útiles y beneficiosos.

—¿Genios? y ¿para qué sirven los genios? Vamos á ver: ¿para qué sirvió Napoleón? ¿Ganó batallas,



conquistó países, mató gente, y las batallas se olvidaron y la gente no resucitó, y los países volvieron a pertenecer a sus dueños primitivos. ¿Puede imaginarse tarea más inútil y más perniciosa que la de aquel gran capitán, de aquel genio sublime?

—Habrá mucho que responder á tus argumentos, y yo quiero responder poco: admito, pues, que los conquistadores militares son inútiles: más no es posible decir otro tanto de los conquistadores pacíficos, de los que han descubierto maravillas en el terreno de la ciencia y del arte, con el único objeto de hacer menos penosa la vida, más rápido el progreso, más admirable la moderna civilización.

—¡Música! ¡Música! Vamos á ver: ¿á qué conducen los más célebres descubrimientos? ¿Qué adelantamos con las noticias telegráficas, con los viajes rápidos, con la luz eléctrica y con los estudios biológicos? ¿Se muere ahora menos gente que antes? ¿Se gana hoy más dinero que ayer? ¿Se han destruido las enfermedades, los vicios, la miseria, las pasiones y todo aquello que perturba la tranquilidad, el bienestar y la alegría? ¿Qué caudal han conquistado los pobres? ¿Qué sentimientos ha purificado la ciencia? ¿Qué ventajas han adquirido los débiles sobre los fuertes? ¿No experimentamos hoy los mismos males que nos torturaban ayer? Luego si la moderna civilización no puede hacernos más ricos, más buenos, más sanos y más dichosos, ¿para qué nos sirve? ¿Para qué?

—No negarás que los adelantos hacen más amable la vida: las comodidades del hogar, las ventajas de la higiene, la salvaguardia de la ley, el triunfo del derecho.

—¡Música! ¡Música! Pruébame que los salvajes son menos felices que nosotros: pruébame que el mísero hogar encasillado y numerado en las ciudades ricas y populosas vale más que una cabaña en el monte: pruébame que el código penal es tan justo como la pena del Talión:

pruébame que los derechos y los deberes son iguales para todos: pruébame que la vida del obrero civilizado es preferible á la existencia de los pastores en el desierto. ¡Qué has de probarme! Sólo me puedes responder con alegatos de un

criterio convencional, de ese criterio que pretende ser juez y parte, de ese criterio que concede la superioridad á las costumbres propias, á lo que nos parece mejor que todo porque no hemos experimentado otra cosa. Pregúntale al rústico, á esa gran masa de criaturas que llamamos *seres inferiores*, masa que constituye la mayor parte de la humanidad: pregúntale si quiere embutirse en una

población, si quiere empadronarse, si quiere someterse á las leyes, á las órdenes, á los reglamentos, á las impertinencias, á la tiranía de los poderes intitulados gobiernos, administraciones, jefaturas... y te responderá lleno de asombro y de espanto: *¿para qué quiero yo todo eso? ¿para qué?* «Y mirando más alto, mucho más arriba, llegando al corazón del tema que te he propuesto, dime tú, ignorante, dime para que sirve la tarea de todos los hombres, dime qué objeto se consigue, qué fin se logra, qué se da ó qué se quita á la tierra que nos sustenta naciendo sin intervención de la propia voluntad, pasando por el mundo como pasa una ráfaga de aire por el bosque, muriendo casi siempre sin querer morir, dejando como fruto de nuestro paso un nombre y un recuerdo que tarde ó temprano habrán de caer en la sima del olvido... ¿Para qué? ¿Para qué se nace? ¿Para qué se vive? ¿Para qué se muere? ¿Para qué? ¿Para qué?»

Viendo que yo no le contestaba, Juan me miró con soberano desprecio, se atusó las guías del bigote y me volvió arrogantemente la espalda, marchándose con aires de triunfador.

Ocho días después, Juan se presentó en mi casa. Venía muy triste, y lejos de acometerme con otra polémica, me dijo á media voz:

—Estoy apurado, y necesito que me prestes quince duros.

Le miré fijamente, manteniéndole algún tiempo en cruel incertidumbre, y por decirle con implacable serenidad: —¿Tú necesitas quince duros? ¿Para qué? Yo no presto dinero á nadie. ¿Para qué!

Me miró sin pestañear, se retorció las guías del bigote, y dijo:

—Yo debería romperle la crisma: pero yo nunca me enojo con nadie; yo no quiero molestarle por nada. ¿Para qué!

Y se marchó.

ZAINE

NO LLORES



Se buena, compasiva, no llores no, no llores,
Que al contemplar las perlas
 Tus lágrimas, mi vida, de envidia han de llorar,
 Y cerrarán las flores
 Los pétalos al verlas,
 Y céfiros y vientos,
 En vez de sus cadencias, proferirán lamentos.
 Mientras que entre las ramas, al escuchar tu llanto,
 Al aire nuevo canto,
 El ave no ha de dar.
 Cierto que son tus lágrimas, muy blancas y muy bellas,
 Que sobre el sonrosado,
 De tus mejillas niña, mas lindas son aun;
 Que al titilar, graciosas.
 Entre de tus pestañas rizadas y sedosas,
 Rayos de sol que cercan un cielo siempre azul.
 Superan al rocío, que del lirio se desprende,
 Cuando la aurora tiende,
 Sobre el dormido mundo, su suntuoso tul.
 Más si de tanto lloro, de azul tornanse rojos
 Esos divinos ojos
 Y pierden su fulgor;
 Dime, dime mi vida, cuando se apaguen, luego,
 ¿De sus rayos el fuego,
 Donde ha de hallar el sol?
 Y si ese lloro ardiente, á tu mejilla abraza,
 Cuando por ella pasa,
 Y quema sus encantos, destruye su color,
 Dime, niña querida, ¿donde han de hallar las flores
 Perfumes y colores?
 ¿En donde hallarán gracia, donde hallarán frescor?
 ¿Donde han de hallarlos, dime, ¿pues ni la bella aurora
 Y ni aun la misma Flora?
 Nada podranles dar;
 Que marchito tu rostro no han de encontrar modelo
 En tierra mar y cielo
 Para poder copiar.
 Y morirán las flores
 Y el céfiro sin ellas de pena morirá
 Y gemirán los vientos,
 Y en sus cantos las aves, sollozos y lamentos
 Tan solo mecerán.
 Del sol menguará el brillo, y las lindas estrellas
 No harán las noches bellas
 Pues no fulgurarán
 En el azul del cielo, que si brillaban ellas,
 Era que al contemplarse en tus azules ojos
 Robaban sus destellos
 Y con la luz de ellos
 Tornaban á brillar.
 El mundo un cementerio parecerá, y el hombre.
 A solas, siempre á solas, con el pesar cruento,
 Sin nada que le alegre, que alivie su tormento,
 Sin arte, sin belleza ¿como podrá vivir?
 Aunque por él sea solo, seca, seca ese llanto,
 Haz que de nuevo brille tu angelical encanto,
 Haz que de nuevo vuelva tu labio á sonreír,
 Y en vez de extremecerse á impulsos del suspiro,
 Haz si niña adorada,
 Que proclame bien presto la alegre carcajada
 Que á la dicha volviste tu corazón á abrir.

L. FRAU MARSAI



Enrique Serra EN EL TIBER

Ayuntamiento de Madrid



CHISMOSILLO

Al café Saizo asistía todas las tardes un hombrecillo de aspecto repulivo, color cetrino, ojos pequeños y brillantes y piel lustrosa como si la hubieran untado grasa.

Se acercaba á la mesa alrededor de la cual se sentaban ocho ó diez amigos, sonreía beatíficamente saludando á todos uno por uno, dirigía una mirada oblicua al contertulio nuevo y después de frotarse las manos en el invierno ó de enjugarse el sudor en el verano decía invariablemente:

—¡Ya, ya! ¡Pues señor... quién había de creerlo! ¡Cuando me lo contaron creí que soñaba! Parecía que todos esperaban la llegada de este personaje y que concedían importancia á sus relaciones, pues en el momento que oyeron la exclamación del hombrecillo cesaron las conversaciones y se dispusieron á escuchar.

D. Marcelino, que así le llamaban enjaretó, sin tomar resuello, tres ó cuatro historias que según el conferenciante eran en aquellos momentos la preocupación del vecindario de Madrid.

Dijo que el bolista Randeules se había fugado dejando un pasivo de ciento treinta mil duros, cuyo dinero había gastado con una joven que él conocía, lo mismo que su padre y á toda la parentela, en comilonas, coches, alhajas y jugando en el casino; refirió el disgusto del Conde del Crepúsculo porque su mujer la noche anterior, en el teatro de la comedia no había separado los gemelos del palco donde estaba el secretario de la embajada de Francia, sin omitir las palabras groseras, que según él, le dirigió el Conde y las réplicas algo duras de su esposa; contó que el juez Ferreira iba á ser expulsado de la magistratura por hechos que refirió muy quedo; que el dean de la catedral había confesado aquella mañana á una señora, la cual conmovida por una sentida plática del sacerdote dejaba un millón de reales para el culto de San Dionisio; que el primer actor del teatro de la Comedia disgustado con la empresa abandonaba la compañía; que Juanito Selgas acababa de perder jugando al monte 30,000 duros que había ganado Luis el *Guapo*, el cual iba á poner en tren de cortesana á la florista de Apolo; que estaba en las prisiones militares uno de los cajeros de la pagadería de Ultramar y otras noticias relativas á individuos pertenecientes á los órdenes civil, eclesiástico y militar; á la nobleza y al estado llano; á la justicia y á los valientes de los garitos; á las señoras casadas y á las mujeres alegres.

Hablabá muy quedo, procurando dejar algo de lo que decía envuelto en el misterio, porque no estaba bien enterado ó para excitar la atención de sus oyentes y sonreía satisfecho cuando le dirigían una pregunta á la cual podía contestar categóricamente.

D. Marcelino había sido oficial de escribanía, empleado en un círculo de recreo, agente de negocios de un usurero, mediador en la compra y venta de abonarás ó oficiales y soldados que estuvieron en Cuba y Filipinas y escribiente de la curia eclesiástica.

Nunca supo noticias agradables y si llegaron hasta él las tuvo en la mayor reserva. Solamente refería lo que podía ser desagradable á sus amigos, en amigos ó desconocidos. Se ocupaba en toda clase de negocios, sucios ó limpios, con tal de que le dejasen alguna utilidad y después desacreditaba á sus bienhechores.

Si le pedían informes de alguna persona los daba malos porque afirmaba sentenciosamente que en el alma de todos los hombres hay un fondo de perfidia y si se trataba de una mujer lanzaba reticencias que dejaban su honra en entredicho.

Le llamaban *Chismosillo* porque sus cuentos no se referían solamente á sucesos de importancia, sino á cosas menudas é insignificantes.

A pesar del daño que causaba á todo el que le tendía la mano el singular personaje era recibido con agrado porque inspiraba temor ó por el placer de la mitad de la humanidad en saber las desventuras y debilidades del prójimo.

Este canalla que sembraba la desconfianza entre la gente honrada é impedía la realización de cualquier negocio, aunque no le reportase beneficio alguno; que manchaba la fama de la mujer más pura; acusaba de ladrón al hombre más digno y era antipático y carecía de ingenio; gozaba de la protección de unos cuantos sujetos á quienes entretenían sus relaciones.

Era el principal bienhechor de *Chismosillo* un usurero que había logrado reunir un importante capital á costa de la miseria y las lágrimas de muchos desventurados.

Chismosillo ejercía, las funciones de agente de policía; contaba á D. Pedro la vida y milagros de los inquilinos de sus fincas; averiguaba la situación económica de cada uno de ellos; se informaba de la calidad de las personas que entraban en casa del usurero; de lo que hablaban los criados; impedía que facilitase dinero para negocios honrados ó socorriera á un infeliz, con el pretexto de que podían engañarle y llegó á ser el árbitro de la casa.

D. Pedro le tomó afecto por una iniquidad del enredador, que el usurero hombre de escasa inteligencia admiró como un acto heroico y de fidelidad á su persona.

Casó el hijo mayor de D. Pedro con una joven á la cual desde la primera entrevista le fué profundamente antipático el confidente de su padre político. *Chismosillo* advirtió que la hermosa Laura podía destronarle en el ánimo del usurero y lanzó reticencias, inventó calumnias, deslizó sospechas al oído de los criados y el honor de la joven fué pisoteado en escaleras y porterías y por los vecinos piadosos.

El marido de Laura estuvo á punto de matar á *Chismosillo* pues dando pruebas de mejor sentido que su padre y seguro de la honradez de su esposa no creyó en las calumnias del curial. Este aupo, fingir su papel de víctima; exageró con tanta habilidad é hipocresía el sacrificio que hacía hasta de su propia vida por el decoro y el buen nombre de la familia de su protector; pintó á Laura como una mujer depravada y de malos instintos; á su esposo ciego y dominado por ella y D. Pedro que no se conmovía fácilmente le abrió los brazos diciéndole:

—Es usted mi mejor amigo.

El grave incidente con el hijo de D. Pedro y otros de índole análoga no modificaron su manera de ser. Para *Chismosillo* hablar mal del prójimo era una necesidad y si sus cuentos causaban daño sentía verdadera satisfacción. Como no se batía por impedirse sus creencias, según decía y se apresuraba á humillarse ante cualquiera que se considerase ofendido, nada temía por su vida.

Como el hacha del leñador derriba árboles seculares, que se alzaban vigorosos y extendían sus ramas llenas de hojas que prestaban al caminante su benéfica sombra, la lengua de *Chismosillo* arrancaba honras sin tacha, destruía con una palabra la felicidad de un amante, desvanecía una esperanza y derramaba el veneno en todos los corazones.



Una tarde, hallándose los contertulios en el café, un amigo de D. Marcelino, les dió la noticia de que el curial se encontraba gravemente enfermo.

Figuraba entre los contertulios un ateo que hacía alarde de su descreimiento y que odiaba á *Chismosillo*.

—¿Y qué tiene ese bicho?—preguntó.

—Un cancer en la lengua. El pobre no puede hablar.

El libre pensador abrió los ojos al cielo y murmuró:

—¡Hay Providencia... mañana me confieso!

D. Marcelino murió pocos días después. Los últimos de su vida fueron verdaderamente horribles, pues mantuvo una lucha titánica para referir sus acostumbradas historias. Cuando se convenció de que era imposible pidió por señas papel y pluma y escribió dos cartas que cerró cuidadosamente; una dirigida á su protector y otra á un amigo á quien, según decía, profesaba cariño fraternal.

¡Eran dos secretos que no quería llevarse á la tumba!

Los concurrentes se miraron sorprendidos. ¡*Chismosillo* que tenía fama de hablador era un hombre prudente!

El mismo día que murió D. Marcelino fueron entregados los pliegos á las personas á quienes iban dirigidos.

En el de D. Pedro se leía: «Vigile á su mujer, que se ríe demasiado y mira á donde no le importa. Sobre todo no la deje sola con su cuñado.»

El amigo quedó estupefacto al leer:

«No te cases con Amelia, que dió mucho que hablar cuando vivía en la calle del Príncipe.»

Estas fueron las dos últimas obras de *Chismosillo*. La mujer de D. Pedro no se ocupaba ya más que de rezar para que Dios perdonase á su marido y Amelia era una joven virtuosa.

Entre los concurrentes al entierro de D. Marcelino figuraba un abogado, parlanchín sempiterno que hablaba con movimiento de autómatas y que hizo el elogio fúnebre de *Chismosillo* con la misma indiferencia que si hubiera estado describiendo la situación del planeta Venus.

—¡Era un hombre verdaderamente á la moderna!—dijo.—Activo, ingenioso, de fácil palabra, perspicaz y... ¡muy entretenido!

GABRIEL BRIONES

ARTE CONTEMPORANEO



MARINA, por Edwin Hays.

CARNE DE CERDO



RACIAS á Dios que ya tenemos cerdo!

Este grito salvador se oye en todas las casas, desde que empieza la matanza reglamentaria, en noviembre.

Y digo «reglamentaria», porque los cerdos suelen sacrificarse aunque, clandestinamente, todo el año.

Es una víctima para la cual no hay piedad alguna en el corazón, y sobre todo, en el estómago humano.

Por eso existen crueles contraventores de los bandos municipales en esta industria, como en cualquiera otra.

¡Y si no hubiera sino contraventores más ó menos inocentes! Pero hay también viles falsificadores.

De ahí, esos embutidos apócrifos que nos encontramos por esas tiendas, en todo tiempo, que simulan haber pertenecido al sabroso cuerpo de algún guarro, y que sólo tienen del guarro lo sucio.

Hay que decirles, al verlos:

—Eres turco, y no te creo.

Por lo visto, los turcos, y los fabricantes de embutidos, son la gente más embustera del mundo.

Yo, de mí sé decir que el verano pasado me presentaron en un bodegón, un trozo de longaniza en cuya composición entraban como primeras materias la suela de zapato y la estearina.

Era una
delicia sen
tir cómo re

chinaban los dientes al hundirse en aquel compuesto endiablado.

No pude contenerme, y llamé al dueño:

—Oiga usted, amigo,—le dije.—¿Esta longaniza no es de carne de cerdo?

—¡Ah! No, señor,—replicó con la mayor desfachatez,—¡El cerdo está muy caro en verano!

—Sin duda,—repuse.—¡Y tan caro! Pero, la verdad, ignoraba que se le sustituyera con sustancia de bueja.

Compréndese, pues, cuán de enhorabuena estarán las amas de casa, al poder disponer de cochinos auténticos y frescos.

Como quien dice: ¡vivitos y coleando!

D.ª Gabina, especialmente, está hecha un brazo de mar. A todas horas se la ve atareadísima, como si pesara sobre sus rollizos hombros un trabajo atlético.

—No puedo detenerme,—le dice á quien va á visitarla por pura cortesía, ó para presentarla alguna cuenta que debe.

—Con el cerdo que ha entrado en casa,—continúa diciendo, yéndose hacia la despensa ó la cocina, y dejando á su interlocutor con la palabra en la boca,—ya tengo tarea para rato.

Muchos creen que el cerdo que ha entrado en casa es su marido; y no les falta razón, porque lo es.



¡Hasta cuando habla, gruñe!

Y ¿cuáles son, los quehaceres de D.^a Gabina?

Pues, freir un poco de bigado con cebolla, ó guisar unos pedacillos de magro con patatas.

Pero bendice la venida de la carne de cerdo, y enciende sendas lamparillas á un San Antón y á un San Martín que tiene sobre la cómoda, y que son, según parece, los dos campeones celestiales que comparten el padronazgo de aquel tal.

D.^a Gabina les ruega que la libren de la trichina.

Declaro, sin embargo, que no estimo fundados los aspavientos de D.^a Gabina cuando llega el mes de los difuntos y de las matanzas.

¿Porqué?

Porque durante todo el año, no en las fábricas de embutidos, reconocidas por tales, sino en otras fábricas, pertenecientes al orden moral, se elaboran morcillas y embuchados, que en nada desmerecen de sus crasos y succulentos homónimos.

¿Qué noche transcurre sin que un actor desmemoriado meta alguna «morcilla» en el papel que declama?

¿Qué representación electoral, ó qué comedia de elecciones, se desarrolla sin que el digno presidente de la sección no ingiera subrepticamente algún «embuchado» en la cristalina urna?

Y, siguiendo las comparaciones teatrales ¿no son los modernos «reventadores», los legítimos herederos de aquellos «chorizos» famosos, fieros contrincantes de los «polacos»?

Venga, pues, la carne de cerdo; pero, conste que no es tan deseada como alguien presume.

Al contrario. Sin ser moros, los cuales diz que tienen prohibición de comerla, circunstancia que quizás les haga suspirar más por ella, no faltan individuos, entre nosotros, á quienes, al oír el solo anuncio de la carne de cerdo, se les pone el cuerpo de «carne de gallina».

Sobre todo, á muchos se les ha indigestado la butifarra catalana.

¡Claro! ¡Estaban tan habituados al inocentón chorizo de Candelario!

Pero, según parece, ahora la butifarra catalana trae mucha pimienta; y este ingrediente levantisco irrita los paladares dulzones.

Convendrá, sin embargo, irse acostumbrando á este manjar, so pena de desbancarlo confeccionando á ley y, como Dios manda, los demás embutidos, hoy tan averiados, en las restantes regiones de España.

Y, la verdad es que, entre el sandwich de Chamberlain, el salsichon de Lyon y el codillo de Chicago, es preferible la butifarra de Robert.

A lo menos, se fabrica en casa.



(Dibujos de F. Sánchez Covisa)

EMILIO RIVAS

Corresponsalencia canina

(A PEDRO DE ROJAS)

Ahí te remito el dadas
eminentemente dibujante;
recibelo como a un hijo
y trátalo como un padre.
Es simpático de rostro,
tiene excelente carácter,
ladra como un diputado,
y gime como un cesante;
ha despreciado los pechos
de su cariñosa madre
y come, lo que le ofrecen
y lo que encuentra a su alcance.
Arroz, patatas, judías,
pan, queso, bacalao, carne
¡todo! Hasta las colgaduras
y las patas de los catres.
Aun no se le ha puesto nombre;
el que quieras puede darle.
Y una vez que ya conoces
de sus prendas personales
aquellas que, de momento,
más pueden interesarte,
recibe en tu hogar dichoso
al desamparado infante
y recibe mil recuerdos
de su desgraciada madre.

ISIDRA

Por la copia

JOAQUÍN DICENTA

EL VIAJE DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA

Por razones que no han trascendido hasta la esfera en que vivimos los simples mortales, hubo la escuadrilla rusa del Mediterráneo de recibir orden de abandonar á Tolón antes de que fondease allí la escuadra italiana, y en su consecuencia tuvimos el gusto de verla en Barcelona. Poco después, zarpaba de este puerto para Villafraanca, preciosa rada de la famosa *Riviera ó Cornisa*, y llegado á Niza M. Eugenio Loubet recibió aviso de que el almirante Birieff con su Estado Mayor se disponía á visitarle.

Trasladáronse, en efecto, los rusos á la hermosa ciudad de la *Costa de Azur* en magníficos carruajes por la espléndida carretera que bordea el mar, y celebraron una entrevista que no pudo ser más afectuosa con el digno presidente de la República. Después visitó éste el buque insignia de la



CAPILLA RUSA DE NIZA

escuadra rusa y entregó á su almirante la gran cruz de la Legión de Honor.

El presidente embarcó luego en el acorazado *Saint Louis* y partió para Tolón.

Los buques rusos despidieron á M. Loubet con grandes salvas de cañonazos, contestando en igual forma el buque presidencial.

M. Loubet desembarcó en Tolón á las tres de la tarde, siendo recibido con entusiasmo por la población. Respecto á las consecuencias de esas visitas no hay que desconocer que deberán de ser importantes, pues cuando menos, al parecer, se habrá conseguido suavizar las relaciones entre Francia é Italia, aunque esta continúe formando parte

de la triple alianza, y por lo que respecta á España, representada por el Pelayo, en Tolón, todo induce á creer que se ha *clareado* bastante.



VILLAFRANCA

PEPITORIA

ADVERTENCIA

Desde el próximo número, correspondiente al 2 de Enero de 1902, comenzará IRIS la publicación de un magnífico álbum que llevará el título de

JOYAS DEL ARTE

y aparecerá en cuadernos, de ocho páginas bajo cubierta, conteniendo otras tantas reproducciones de las más celebradas obras de arte, especialmente modernas, existentes en los principales museos, colecciones y galerías de Europa y América.

Esas reproducciones, ejecutadas con el mayor esmero, llevarán al pie una breve explicación del asunto y los datos más interesantes respecto al autor y a la historia del cuadro.

El público podrá apreciar por esa importantísima mejora el cuidado que ponemos en estudiar cuales son sus preferencias, y nuestro empeño en conservar a IRIS el sello artístico que desde su aparición le ha hecho tener carácter propio.

BIBLIOTECA ROSA

Tal es el título de una nueva y elegantísima colección de tomos de 160 a 200 páginas, con preciosas cubiertas al color y cómodo tamaño, conteniendo las obras de los mejores novelistas de Europa, traducidas con inmejorable esmero y siempre íntegras.

Van publicadas hasta ahora las siguientes obras:

La comediante, por P. de Molénès.
Drama de amor, por F. Soulié.
Las ánimas del purgatorio, por Próspero Mérimée.

La justiciera de sí misma, por Carlos Barbár.

Pecados de la juventud, por V. Perceval.

Terresita, por Julio Ruiz Montero.

El Capitán Burtle, por E. Zola.

Las sendas de Dios, por B. Björnson.

El monstruo, por Carlos Bodin.

Narda Micoulín, por E. Zola.

El sillón fatal, por Pedro Newski.
Un crimen infame, por E. Murger.
Noche trágica, por E. Daudet.
Un Drama sangriento (dos tomos), por Luis Jacolliot.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

¡Oh remedio soberano!
¿Como lo haría sin tí?
¿Como acabar con mis callos
Sin tener LADIVONSIM?

FUGA DE SILABAS

TA PA* Y*TA
SI*ES*BI*EN*BROS
*FA*GAS*SE*SAN
PA*LLE*AL*VI*

Sustituir los asteriscos por sílabas para que se pueda leer un cantar de D. Narciso Díaz de Escovar.

NOVFIARQUE

Nuestro distinguido colaborador el renombrado poeta don Angel Arco ha publicado en un volumen, esmeradamente impreso, titulado *Laureles* las magníficas composiciones que le fueron premiadas en seis concursos literarios incluyendo además otras poesías no menos inspiradas, entre las cuales sobresalen las narrativas. Precede a la obra un prólogo de don Juan Valera, que en el hecho de felicitar al autor por sus *Laureles* dice más que cuanto pudiéramos añadir nosotros por nuestra humilde cuenta.

La señora vizcondesa Bestard de la Torre ha publicado un interesantísimo libro con el título de *La Elegancia en el tratado social*, que con justa razón ha merecido de un conspicuo publicista el calificativo de *tratado de urbanidad a la alta es*.—Precio, 7 pesetas.

NOTAS DE MI GUITARRA

El barco cruza los mares
y solo teme el naufragio;
yo cruzo el mar de la vida
y solo temo a tus labios.

El día que contigo rompa
me despidió para siempre,
que al faltarme tu cariño
solo me espera la muerte.

LUIS DEL ARCO

La solución en el próximo número

SOLUCION

a los pasatiempos del número anterior

Cuadrado —

U R A L
R O M A
A M A R
L A R A

Acróstico jeroglífico. —

- 12.—BO da.
- 11.—CA lendario.
- 10.—DO místico.
- 9.—CO pia.
- 8.—MI-litar.
- 7.—DO micililo.
- 6.—NO vela.
- 5.—GA rote.
- 4.—NA cimiento.
- 3.—A ve.
- 2.—MI co.
- 1.—GO losina.

El orden de los fragmentos como se ve es al revés de como estaban colocados y con la primera sílaba de cada uno de ellos se lee verticalmente:

Hocaco comido, no gana amigo.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

M. F. R.—Recibi tu articulo, pero como tenemos ya otros sobre el mismo tema, habra de quedar para el año próximo.

J. S.—Barcelona.—Está bien, relativamente, pero no parece demasiado a ciertas poesías del señor Peres Zúñiga.

V. N.—Madrid.—Tiene poco interés, lo cual no quiere decir que no esté variada como *La Preceptiva* manda y ordena.

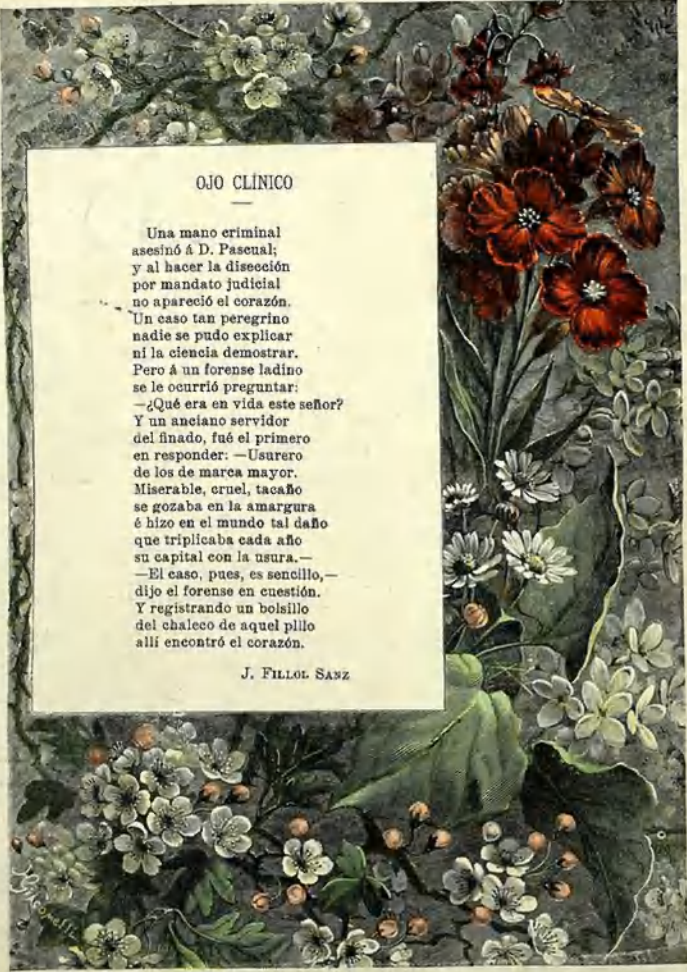
L. G. M.—Barcelona.—No soy director de *Iris* y si otro periódico que diga, algo del primero solamente. Tus versos, chico, están al pelo, y por da contado que los luseiraré. Conque, mandad.

V. V. G.—Tarragona.—Heemos hablado ya muchísimo de eso, y habria pasado la oportunidad cuando saliese a luz su articulo.

L. R. y S.—Mucenas gracias por todo, y no disculdaré lo que me dice.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTISTICA Y LITERARIA * INSERTARSE O NO SE DUVIERE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO EDITORIAL "LA IBERICA", PLAZA DE TETUAN, 50.-BARCELONA



OJO CLÍNICO

Una mano criminal
asesinó á D. Pasenal;
y al hacer la disección
por mandato judicial
no apareció el corazón.
Un caso tan peregrino
nadie se pudo explicar
ni la ciencia demostrar.
Pero á un forense ladino
se le ocurrió preguntar:
—¿Qué era en vida este señor?
Y un anciano servidor
del finado, fué el primero
en responder: —Usurero
de los de marca mayor.
Miserable, cruel, tacaño
se gozaba en la amargura
é hizo en el mundo tal daño
que triplicaba cada año
su capital con la usura. —
—El caso, pues, es sencillo, —
dijo el forense en cuestión.
Y registrando un bolsillo
del chaleco de aquel plico
allí encontró el corazón.

J. FILLOL SANZ